

EL JOVEN GARCÍA MÁRQUEZ

LUIS FERNANDO
AFANADOR

Hay muy pocas revelaciones sobre la vida de Gabriel García Márquez. Desde sus primeros testimonios a Mario Vargas Llosa en *Historia de un deicidio* y a Plinio Apuleyo Mendoza en *El olor de la guayaba*, nuestro Nobel trazó la línea de lo que se podía decir acerca de su vida y de lo que era verdaderamente importante. En sus memorias, *Vivir para contarla*, que solo llegó hasta el primer tomo por “la peste del olvido”, en líneas generales reafirmó el dibujo conocido, con un sesgo autocomplaciente: de la nada a la gloria. El personaje enamorado de su propia leyenda, de sus propios mitos personales, sin ningún elemento disonante. Una vida ejemplar e irreprochable. Muy distinto al caso de otro Nobel, V.S. Naipaul, quien increpaba a su biógrafo, más o menos en los siguientes términos: “No trate de mejorarme, no escriba eufemismos: realmente yo le pegué a mi mujer”. Por supuesto, y valga la aclaración, no estamos reclamando confesiones de ese tipo pero sí un poco de información no oficial, un poco más de sombras y de grises, como las hay en cualquier vida.

Ninguno de sus biógrafos se ha salido de la versión oficial de

su vida, creada por el propio García Márquez. Tal vez la excepción sería el perfil que de él escribió John Lee Anderson para la revista *New Yorker*, en la que aparecía una de esas sombras de las que hablamos: su relación con Fidel Castro. Los perfiles del *New Yorker* se caracterizan por mostrar las dos caras del personaje, la buena y la mala, pero “a Gabo no le gustó” y lo hizo sentir: varios años estuvo alejado Lee Anderson de la Fundación Nuevo Periodismo. Otra excepción, para mí, es el libro de Gustavo Castro Caycedo, *Gabo: cuatro años de soledad*, que da cuenta en detalle del internado del joven García Márquez en Zipaquirá y que, increíblemente, ha pasado desapercibido. No es que quede mal librado García Márquez en este libro, de ninguna manera, pero contiene —qué bueno— información relevante sobre su vida que él mismo había decidido que no lo era, y sus biógrafos, obedientes, le habían hecho caso. Por fin algo nuevo, algo distinto, algo que no sabíamos sobre nuestro máximo escritor.

El joven García Márquez vivió en Zipaquirá desde el lunes 8 de marzo de 1943 hasta diciembre de 1946. Llegó de 16 años y se fue casi de 20.

Esto quiere decir que allí, en la ciudad de la sal, terminó el bachillerato, y entre el humo de sus chimeneas y el verde alucinante de sus montañas, pasó una época decisiva de su vida. Sin embargo, no parecía haber muchas huellas de su estadía. En 1978, el periodista Heriberto Fiorillo estuvo infructuosamente buscando información y escribió: “En Zipaquirá nadie sabe qué ocurrió con Gabo allí... Hay un inmenso y profundo desconocimiento de todo sobre él. Nadie sabe nada de sus escritos de entonces”. En sus memorias, *Vivir para contarla*, García Márquez menciona la importancia que tuvieron en su carrera como escritor su profesor de literatura y preceptiva, Julio Calderón Hermida, y el poeta piedracielista Carlos Martín, rector del Liceo Nacional de Varones, donde estudió como interno. Sus biógrafos hacen casi las mismas alusiones e insisten en el frío y en la soledad que padeció el joven estudiante costeño a 2.650 metros de altura y a 1.000 kilómetros de su natal Aracataca y de su familia. Pero ¡fueron cuatro largos años! —el tiempo del colegio es lento— y nada se decía de sus amigos, sus novias, sus poemas líricos, sus borracheras, sus habilidades de bailarín, sus actuaciones en zarzuelas, su gusto por los conciertos de la banda municipal, sus pesadillas, sus encuentros con la muerte, sus escapadas a altas horas de la noche, sus tertulias literarias, sus otros profesores que le dieron sólidas bases políticas e históricas y su discurso en la plaza principal —cuando los aliados derrotaron a los nazis— que conmovió a los zipaquireños. Nada más y nada menos que su educación sentimental. Se necesitaba, desde luego, que un hijo de la ciudad, nacido mes y medio antes de la llegada de García Márquez y estudiante del mismo liceo, se diera a la tarea de entrevistar a 83 personas que lo conocieron directamente y podían dar un testimonio veraz de aquellos años borrosos. En su libro *Gabo: cuatro años de soledad*, el periodista zipaquireño Gustavo Castro Caycedo completó el “eslabón perdido” que faltaba en la biografía del Nobel colombiano.

A la ciudad de la sal llegó un muchacho tímido que escribía coplas y dibujaba y ahí se forjó un escritor, primero como poeta

—inspirado en las bellas zipaquireñas— y luego como prosista, guiado firme y certamente bajo la sabia tutoría del profesor Julio Calderón Hermida. El Liceo Nacional de Varones, más que un colegio, parecía un centro de altos estudios en el que podían encontrar su vocación literatos como García Márquez y también médicos, ingenieros o abogados. “Lo de mi internado en Zipaquirá son seis años que recuerdo poco”, le confesó en una entrevista García Márquez al periodista Germán Castro Caycedo, hermano de Gustavo y también egresado de ese claustro. Los cuatro años los convirtió en “seis años”, seis años que sin embargo olvidó. ¿Tanto padeció? No lo parece, de acuerdo con los testimonios recogidos en el libro y la alegría que le produjo en 2002 hablar con Berenice Martínez, “Bereca”, su novia, a quien le compuso varios poemas. La razón de ese bloqueo se la llevó a la tumba, pero la constancia de todo el afecto y la formación intelectual que recibió en Zipaquirá queda para la posteridad en *Gabo: cuatro años de soledad*.

El poeta “piedracielista” escribió poemas a tres mujeres. A Lolita Porras, una amiga tempranamente fallecida: “Murió del mal de aroma. / rosa idéntica, exacta. / Dios la guarde en su reino / a la diestra del alba”. Y a “Bereca”, por supuesto: “Si aún la vida es verdad y el verso existe / si alguien llama a tu puerta y estás triste, / abre, que es el amor, amiga mía”. La tercera mujer, sin embargo, es el gran misterio que no pudo desentrañar Gustavo Castro Caycedo, ni siquiera cuando entrevistó a su mejor amigo del liceo, Álvaro Ruíz Torres:

Hubo 3 jóvenes a quienes García Márquez escribió poemas de amor: Berenice Martínez, su primera novia oficial en Zipaquirá, Virginia Lora, hermana de la telegrafista, que era su acudiente en el Liceo y una tercera, sobre quien Ruíz Torres nunca quiso descubrir su nombre, según me decía cuando le insistí, porque es un secreto que le prometió guardar a Gabito. Y lo cumplió, porque como hombre de palabra se llevó el secreto a su tumba.

En 1978, el periodista Heriberto Fiorillo estuvo infructuosamente buscando información y escribió: “En Zipaquirá nadie sabe qué ocurrió con Gabo allí...

Hay un inmenso y profundo desconocimiento de todo sobre él.

Nadie sabe nada de sus escritos de entonces”.

Desafortunadamente, la hermana de Bereca, cuando ella se casó, destruyó los poemas porque una mujer casada no podía guardar escritos de sus exnovios. Sin embargo, Gustavo Castro Caycedo, rastreando en archivos particulares y periódicos —algunos fueron publicados en los suplementos de *El Tiempo* y *El Espectador*— consiguió rescatar una buena cantidad, aunque Carmen Balcells no autorizó su publicación argumentando que “Gabriel García Márquez no está seguro de que esos poemas escritos por él en el colegio de Zipaquirá sean todos de su autoría”.

La influencia de Carlos Martín, miembro del grupo piedracielista, se hacía sentir. Y también la de Julio Calderón Hermida y la de Cecilia González Pizano, “La Manca”, quienes lo incitaron a abandonar la poesía —quizás hubiera llegado a ser un importante poeta— y lo encarrilaron hacia la prosa, en la que le vislumbraban un mejor futuro. En la *Gaceta Literaria* de Zipaquirá, García Márquez publicó su primer texto en prosa titulado “El instante de un río”.

Una de las figuras desconocidas más importantes de aquellos años que rescata el libro de Gustavo Castro Caycedo es la de “La Manca”, quien en su casa vecina al liceo organizaba tertulias con intelectuales bogotanos. Ella no solo introdujo a “Peluca” —como lo llamaban sus compañeros del liceo— en esos círculos: creyó en su talento y lo alentó como ninguna otra persona. “Fue el hada madrina de García Márquez; lo apoyó, lo ayudó, lo relacionó con sus amigos intelectuales, y lo quiso”.

La ciudad lúgubre donde Aureliano Segundo va a buscar a Fernanda del Carpio en *Cien años de soledad* no es Bogotá sino Zipaquirá. Fernanda del Carpio, que se parece tanto a esas muchachas bonitas e inteligentes de la aristocracia zipaquireña, podría ser un

trasunto —y una revancha literaria— de esa tercera desconocida. Negaba aquel mundo, pero en su inconsciente quedó grabado de manera muy profunda el paisaje de sus alrededores, según se infiere de una confesión íntima que le hizo al periodista José Salgar: “Lo único que me ha hecho dudar que la sabana de Bogotá sea lo más bello del mundo es el mar en algunos lugares. ¡Para que te lo diga yo!”. Una relación ambivalente, de negación, tal vez para no revivir una profunda frustración amorosa. Pero lo cierto es que los biógrafos cayeron en esa trampa. Un craso error: en Zipaquirá recibió una sólida formación cultural, se definió su vocación literaria, se forjó su carácter y su visión política: desde la Colonia, la ciudad de la sal tuvo una tradición rebelde contra los españoles, y en el Liceo Nacional de Varones enseñaban profesores salidos de la Escuela Normal Superior de Bogotá, que dirigía José Francisco Socarrás. Gente de izquierda, en su mayoría, con un altísimo nivel académico.

Testimonios como los que hay en *Gabo: cuatro años de soledad*, o el que dio la actriz brasileña Silvana de Faria, inspiradora del cuento *El avión de la bella durmiente*, insinúan a la persona verdadera, detrás del mito que él construyó de sí mismo. Seguimos esperando la biografía desembrujada de Gabriel García Márquez. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.